



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

*En el **Plus Ultra, Roma Vincit***

Andrés González Martín

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento y Moral Militar

16 de mayo de 2022

El continente europeo es una gran península fragmentada en otras penínsulas más pequeñas dentro de la gran masa continental asiática. Nuestro espacio europeo tiene una posición marginal dentro del llamado por Zbigniew Brzezinski, secretario de defensa norteamericano, «gran tablero mundial» descrito en su libro (1998) *El gran tablero mundial: La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Tres penínsulas al sur, Ibérica, Itálica y los Balcanes; dos al norte, Escandinavia y Jutlandia, una cadena de islas en el Atlántico formada por Islandia, Gran Bretaña, Irlanda, las Azores, Madeira y Canarias y, finalmente, un centro que, conectando todo lo demás, ocupa una llanura desde los Pirineos a los Urales, dando saltos entre grandes ríos.

Anclarnos en el carácter marginal y fragmentado de Europa, que descubrimos en su geografía, sería una incompleta aproximación e interpretación de su posición porque ignora el valor del movimiento. Por supuesto, la geopolítica tiene que ver con el poder y la posición, pero a veces olvidamos su relación con los flujos. El movimiento es crucial para entender el potencial del espacio y su relación con el poder. Desde luego, tiene mucho que ver con las ideas y las creencias, con las actitudes y aptitudes de los hombres que habitan un espacio. Europa por eso no es solo para los europeos un continente, aunque sea una península de Asia, es el espacio del mundo donde viven personas que creen, piensan, sienten, escuchan, ven, gustan y tocan como europeos. La realidad europea trasciende a su geografía porque su impulso vital es inicialmente misionero y, por lo tanto, está asociado a un

destino universal diseñado por la convicción de que todos los hombres son libres e iguales.

La mitología griega nos recuerda que Zeus, dios del cielo, Hades, dios del inframundo, y Poseidón, dios del mar, son hermanos. Poseidón es para los griegos el dios del mar que agita la tierra. Puede cabalgar sobre las olas montado en caballo. Salvador de barcos y, al tiempo, domador de caballos protege a los hombres que deciden arriesgarse a navegar. La cosmogonía del mundo helénico está marcada por la fuerza y la atracción del mar. Roma heredaría esa visión del mundo, que de la mano de Neptuno se asentaba alrededor del mar nuestro, de nuestro mar, *Mare Nostrum*, del Mediterráneo.

El mar *Medi Terraneum* latino es literalmente el mar en el medio de la tierra. El Mediterráneo descubrió para Roma un camino hegemónico de expansión del Imperio, otorgando a la urbe itálica un destino, dominar el orbe conocido.

En el mundo clásico el Mediterráneo es un mar unitario, uno solo que une todas sus orillas. No fue frontera entre el norte y el sur, ni entre el este y el oeste. Fue un mar a disposición de todos los pueblos de sus costas que se atrevieron a navegarlo. Un mar abierto que favoreció la interrelación y la fecundidad, pero simultáneamente el conflicto y la guerra.

Los mitos originarios de Roma vinculan su fundación con el héroe griego Eneas, según relata Virgilio en su Eneida. Roma nace enriquecida al acoger a los fugitivos de una espléndida ciudad griega destruida por la guerra, Troya. El noble vínculo con Troya es solo posible gracias al mar. El Mediterráneo une la aristocracia de sangre y la cultura griega con la humilde condición de pastores y agricultores romanos. El relato originario de Roma se engrandece y adopta un perfil sublime que llega al Lacio por el mar.

La Península Ibérica también entra a formar parte del mundo antiguo con la formación de colonias y ciudades fenicias, griegas y cartaginesas. Roma, en su competencia con Cartago, decide comenzar la ocupación de sus costas mediterráneas. La península entra en la historia con la llegada por el mar de los pueblos más civilizados que buscaban asentamientos para comerciar y almacenar productos. Es el mar Mediterráneo quien incorpora el territorio Ibérico a la cartografía de la civilización, desde entonces nuestra toponimia Hispania, entra en la historia.

Repasando lo que sucede en las penínsulas mediterráneas y en toda la costa del mar del centro descubrimos que sus vínculos nacen por la expansión marítima de los pueblos que habitan sus orillas. Las cadenas de montañas que separan el mar Mediterráneo de la llanura central europea fueron un obstáculo que solo después

las calzadas romanas pudieron superar. Europa llega a España por el mar. Los Pirineos más que unirnos al resto fueron un obstáculo que nos distanciaba del centro, algo parecido sucede con los Alpes en Italia y en los Balcanes con los sistemas montañosos formados por los Cárpatos, los montes Ródope y los Alpes Dináricos y Julianos.

El imperio de la segunda Roma de oriente desarrollará la idea de Ecúmene como iglesia de Cristo. Esté donde esté un cristiano, sin importar quién es su soberano, forma parte de esta unidad. Frente a las invasiones musulmanas, los romanos de Constantinopla se entienden obligados a actuar como Estado predestinado a constituir un muro o dique frente al anticristo, representado por el islam.

El término griego *katecon*, en español katechón, aparece en la segunda carta de San Pablo a los Tesalonicenses, versículos 6 y 7. Katechón es un concepto ambiguo que hace referencia al impedimento de la venida del Anticristo. El imperio Bizantino, con su escudo de un águila de dos cabezas, y el mundo ortodoxo, entendió que la relación entre lo sagrado y lo profano, mirando en distinta dirección, estaban unidos por el cuerpo del águila para otorgarles un mismo destino. El imperio se convirtió en el Katechón contra el maligno.

La caída de Constantinopla en 1453 impulsó a Moscú a declararse su heredera y por lo tanto se identificó a sí misma como la tercera Roma, defensora de la Ecúmene. En esta ocasión era una Roma sin mar. La misión de Rusia era apocalíptica, un destino profetizado para los últimos tiempos, defender el pequeño resto de cristiandad, que se estaba desmoronando, mientras llegaba la segunda venida, la Parusía. «Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, y también el mar».

En la España que resistía en las montañas del norte de la península al invasor musulmán también surgió una idea semejante. El último de los libros del Nuevo Testamento se convirtió en una esclarecedora profecía, donde san Juan anticipaba lo que en el siglo VIII se vivía en Hispania. La persecución de la Iglesia por los invasores, la necesidad de cristianos y obispos de abandonar sus sedes, la obligación de esconder o trasladar imágenes, reliquias, ornamentos sagrados, tesoros religiosos y textos, la impotencia militar frente a los éxitos de los musulmanes, en fin, el desplome del mundo cristiano, realzó el valor del libro de las Revelaciones, el Apocalipsis.

En Cantabria el Beato de Liébana escribió el libro *Comentarios al Apocalipsis de San Juan*, basado en los textos de varios padres de la Iglesia. La obra tuvo una extraordinaria difusión en los monasterios de la Península y también en otros de Europa, especialmente en Italia. En la actualidad se conservan unas treinta copias

de distinta procedencia. El autor del original estaba convencido de que el fin del mundo y la segunda venida de Cristo estaban próximos.

El Mediterráneo, nuestro mar, dejó de ser un vínculo, una zona de paso que conectaba, para convertirse en un espacio vacío que divide el Ecúmene de la Umma. Además, la Europa de Roma estaba rota y dividida entre oriente y occidente, entre la ortodoxia y el catolicismo. Más allá de las columnas de Hércules el mar era desconocido y misterioso, no conducía a ninguna parte. Todo parecía indicar que nuestro orbe menguaba para terminar inevitablemente desapareciendo.

Algo insospechado cambió la tendencia. Desde los tiempos antiguos, las especias habían llegado a Europa por la ruta de la seda. En el siglo XV, la caída de Constantinopla, Siria y Alejandría en mano de los turcos disparó los precios de los productos del Lejano Oriente. El comercio de la pimienta empezó a generar unos beneficios extraordinarios, siendo su valor entonces más del doble que el del oro, reconociéndose incluso como medio de pago. La rentabilidad de las especias, en tiempos de Cristóbal Colón, supera entre 3 y 50 veces el negocio del narcotráfico de cocaína de hoy.

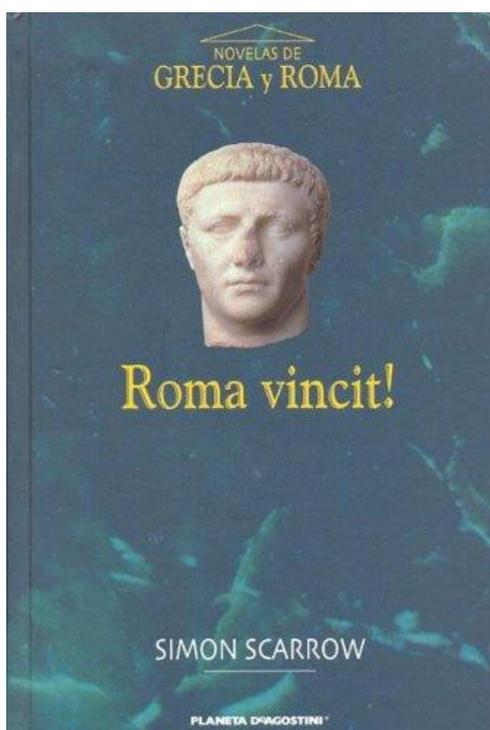
La ruptura de la unidad de Mediterráneo fue la que impulsó la competencia entre Castilla y Portugal por descubrir y explotar rutas oceánicas que permitieran comerciar directamente con China y todo el Lejano Oriente. Comenzó una rápida carrera entre los pueblos de la península para dominar el comercio de los rentables mercados asiáticos. Portugal hacia el Sur bordeando costas conocidas de África, Castilla hacia lo desconocido en la ruta hacia poniente, hacia la gran aventura de la Historia.

Aquella lejana parte del mundo, singularmente China, era entonces la zona más desarrollada en todos los órdenes y poblada del mundo conocido, destino cotizado para los comerciantes. Las materias primas, el interés, la sofisticación de los productos asiáticos, la codicia, la escasez de recursos en la península, la competencia comercial y la fragmentación política fueron factores que alimentaron el ansia de tomar posiciones, descubriendo y dominando las rutas comerciales con Asia.

Europa se adelantó a China porque su geografía la obligaba a buscar nuevas rutas de acceso al comercio con Asia. Sin la invasión árabe de la península y los efectos de la reconquista en los pueblos de Iberia, que les permitió acumular la tensión y determinación propia de una frontera llena de peligros, no hubiera podido emprenderse la aventura de conquista y expansión que protagonizaron los habitantes del *Finis Terrae*. Sin la invasión turca y la conquista del imperio de oriente, Rusia no habría heredado la misión imperial de la tercera Roma. La Europa eslava llegó al Asia central y al Pacífico, en nombre de la ortodoxia, de la ciudad

del Lacio y de su Cesar, el Zar. Sin la ruptura de la unidad del Mediterráneo no hubiese sido necesario para los pueblos de Iberia lanzarse a la aventura de surcar por vez primera las rutas oceánicas ni para los pueblos eslavos navegar por las estepas del Asia central.

La posición y el movimiento, impulsadas por la identificación con la ciudad eterna, gestaron la posibilidad de convertir la limitación asociada a las columnas de Hércules en una oportunidad de expansión que permitió cambiar la vieja leyenda para adoptar una nueva, Plus Ultra.



Indro Montanelli termina su encantador libro *Historia de Roma* afirmando convencido que jamás en la historia una ciudad ha tenido una aventura más maravillosa, pero su observación viene acompañada de un tono nostálgico, relacionado con una grandeza pasada que llegó a su final y que ahora tiene que conformarse con ser solo la capital de un pequeño Estado europeo. El nombre de Roma y su historia desborda cualquier frontera estatal e incluso exclusivamente europea. Roma fue la cabeza del mundo durante tantos siglos que cualquier otra función le resulta impropia.

Montanelli en su último párrafo de su *Historia de Roma* resalta la modestia de un pueblo, el del antiguo *Latium*. Un pueblo olvidadizo, en el que hoy en día nadie evoca emocionado las gloriosas victorias de sus legiones en el campo de batalla. El antiguo grito de guerra latino *Roma Vincit* es hoy solo una forma de festejar el resultado de un club de fútbol de la capital de Italia, la Roma. Sin embargo, más allá del Mediterráneo, más de 580 millones de hispano hablantes, junto a los españoles, y más 260 millones de luso hablantes, junto a los portugueses, de todas las razas están enlazados con el antiguo Latium o Lazio, son por ello latinos. En el *Plus Ultra, Roma Vincit*.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2022